



La imagen del pintor Armando Reverón en el cine venezolano

Jorge Luis Lanza Caride

“Niña dulce, que vienes cargando tu maletica de estrellas. Tráeme la luna, tráeme el sol, tráeme poesía, tráeme el mar, tráeme el amor. Tus cabellos sortijas de azabache, mariposa de betún, sonrisa de maraca, diente de puma, piel de papelón. Aquí te espera tu Armando Reverón... Niña, dulce Juana”

La polémica existencia de Armando Reverón, quién es considerado por la crítica especializada como el más importante pintor venezolano del Siglo XX, ha inspirado a mi juicio una de las mejores cintas no solo del cine venezolano de la última década, sino de la filmografía de su realizador: Diego Rísquez, conocido por filmes como ***Manuela Saenz: La libertadora del libertador*** (2001), ***Francisco de Miranda*** (2006), entre otras.



Armando Reverón y sus muñecas

Reverón (2011), es una de esas cintas realizadas desde una poética visual que intenta captar con la mayor fidelidad posible el universo delirante del artista, al representar desde una estética acorde con sus códigos pictóricos y su singular cosmovisión del mundo, un periodo trascendental en su vida: su aislamiento desde 1921 junto a la modelo Juanita en el litoral de La Guaira, donde se construye ese espacio místico llamado El Castillete, a través del cual intentaría representar la magia y la belleza que posee ese lugar de la geografía venezolana y caribeña.

En el plano dramático **Reverón** resulta un filme atrevido y complejo pues deviene un aporte desde la ficción a la imagen ofrecida por varios documentales que abordan momentos significativos de la vida del “Loco de Macuto”, calificativo que recibiera dada su excéntrica

personalidad y reconocida locura. Devela la fascinación que experimentó Rísquez desde sus inicios por este personaje que inmortalizaría en su documental ***A propósito de la luz*** (1978). Según reconoció el propio cineasta, para reconstruir esa imagen personal y singular del artista, sus referentes fílmicos fueron los documentales realizados por Margot Benacerraf (1953), Roberto Lucca (1940) y Edgar Ánzola (1934).



Armando Reverón, Margot Benacerraf y otros

Esos documentales tienen el mérito de registrar diferentes momentos de la vida de Reverón, captados por el lente cómplice de cineastas interesados no solo en mostrar al mundo el mito que envuelve al gran artista venezolano, sus rituales cotidianos, su enigmática personalidad, sino la propia riqueza pictórica de su obra, sus muñecas construidas con los más insospechados recursos. De estas obras la más relevante en el plano estético es ***Reverón***, realizada entre 1951 y 1953 por Benacerraf, la insigne cineasta venezolana directora de ***Araya***

(1958), considerado por la crítica especializada como uno de los mejores filmes venezolanos y latinoamericanos de su tiempo. El gran valor estético del documental de la cineasta venezolana descansa en haber logrado realizar gracias al lenguaje del cine planos sumamente expresivos sobre el propio autorretrato que hiciera Reverón en esos años sobre una tela, entre otros primeros planos de sus títeres y muñecas desde una poética que logra transmitir esa atmosfera solitaria y mística que acompañó el universo creado por Reverón en su Castillete, en el cual no solo transcurrió gran parte de su existencia sino la creación de muchas de sus obras.

La propia vida de Reverón devino una auténtica obra de arte sustentada en ese estoico aislamiento en el cual transcurrió su vida y una actitud ante la vida cuestionada por su delirante y excéntricas conductas. La documentalística existente sobre Reverón, realizada en vida del pintor, constituye un testimonio audiovisual sin el cual hubiese sido imposible para Rísquez lograr la veracidad y fidelidad requerida en su representación, además del estudio de los textos anecdóticos de Alfredo Boulton y Juan Calzadilla, sobre todo para el actor que encarnó a Reverón, Luigi Sciamanna, quien realizó una interpretación tan verosímil y fiel que por momentos tal pareciera que estamos delante del verdadero Reverón, y no ante una retrato sorprendente de su mítica personalidad.



Reverón (Diego Rísquez, 2011)

Otra fuente de incalculable valor para la reconstrucción de la imagen de Reverón en su Castillete son los datos aportados por Óscar Yáñez, último periodista que lo entrevistó, interpretado en el filme por el actor Héctor Manrique, escena colmada de una excepcional intensidad dramática donde el pintor revela su visión personal sobre los elementos estéticos que sustentan su obra y su peculiar filosofía del arte. Sus preocupaciones estéticas fueron compartidas desde una coexistencia increíblemente coherente entre lucidez y delirio, previa a su reclusión en el manicomio de San Jorge, tras sufrir una crisis depresiva que obligo internarlo. Sus criterios en torno al arte, expuestos en dicha escena, develan la importancia concedida por él a la luz como elemento esencial en la creación artística. Desde su punto de vista, el teatro es luz, el cine también es luz, incluso hace alusión a los documentales referenciados anteriormente, devenidos antecedentes en la configuración de una imagen fílmica sobre Reverón desde la documentalística de cierta manera antropológica, y definitorios para esa representación del artista desde el lenguaje dramático del cine de ficción, donde se conjugan y articulan ambas dimensiones de un extenso itinerario fílmico.

Nadie puede negar que estos referentes documentales constituyan un aporte en el plano estético para dicha representación, lo cual reafirma una vez más la contribución del documental a la ficción, y cómo en las últimas décadas se desdibujan las fronteras existentes entre ambos géneros.

Para algunos estudiosos de su vida y obra lo que motivó aquel aislamiento de la sociedad de su tiempo radica en su obsesión por atrapar, al igual que muchos impresionistas de la época el efecto único de la luz, en este caso emanada del paisaje tropical de la Guaira, aspiración que Diego Rísquez desde los códigos del lenguaje cinematográfico intenta representar en su filme.



Reverón (Diego Rísquez, 2011)

Otra de las virtudes del filme radica en su excelente fotografía con una diversidad cromática fiel a las inquietudes estéticas de Reverón y la utilización de locaciones ubicadas en la propia Guaira, las cuales revelan la fascinación experimentada por el loco de Macuto por la belleza de ese lugar del Caribe, que junto al Castillete devienen el mundo simbólico que inspiró la obra de

este controvertido artista, espacios que forman parte de la imagen que poseemos sobre Reverón. El gran aporte de la película radica en no imponer una imagen contrapuesta a las pre-existentes sobre el pintor venezolano, sino una representación enriquecida por dichas imágenes desde una mirada donde convergen de una manera coherente dos lenguajes que se nutren y se imbrican: el cinematográfico con toda su dimensión pictórica, y las artes plásticas propiamente. El resultado más trascendente es plasmar una imagen única y diferente sobre el loco de Macuto.

Jorge Luis Lanza Caride

Msc. Historia y Antropología, crítico de cine y medios audiovisuales. Pertenece a la Asociación cubana de la Prensa cinematográfica, la Asociación Hermanos Saiz, y a la Unión Católica de la Prensa Cubana. Artículos suyos han sido publicados en diferentes medios de prensa, como las revistas católicas *Vitral*, *Pasos* y *Palabra Nueva*, ésta última perteneciente al Arzobispado de La Habana. En el 2011 obtuvo el Premio Padre Varela que otorga la Unión Católica de la Prensa Cubana por un artículo sobre el tratamiento del tema del SIDA en el cine cubano.